

Luis Magrinyà

Habitación doble



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Roy Botterell / Corbis / Cordon Press

Primera edición: mayo 2010

© Luis Magrinyà, 2010
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7210-1
Depósito Legal: B. 13779-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

ÍNDICE

Diez minutos después	9
Luxor	63
Una modestia algo infame	147
Paisaje invernal	225
Agradecimientos	305

Diez minutos después



I

En las entrevistas y en ciertos actos públicos en los que me invitan a hablar, suelo definirme –cuando me piden que me defina– como una combinación de pensamiento y golpes de suerte. Con esto pretendo explicar, con un punto de modestia, mi participación en el éxito, entre otros, del detective multicultural Francis Kuroki y el filón, que aquí nadie había explotado, del malogrado novelista centroeuropeo Flórián Sidály. Nadie parece reparar demasiado en que digo «pensamiento» y no «reflexión», y a veces ésta es la palabra con que algunos se quedan aunque yo no la haya dicho; pero ya se sabe que los periodistas –y la gente en general– tienen una manga muy ancha para los sinónimos. No me preocupa: a estas alturas no puede preocuparme que no se me entienda bien, y tampoco soy de esas personas que acaban tomándose en serio no lo que uno dice, sino lo que los demás dicen que dice. Resisto sin dramatismo pasar por «reflexiva»; aunque llevo peor, lo reconozco, lo de ser «intuitiva», que es donde suele acabar, en este limitado universo nocional, una mujer que a lo largo de su experiencia profesional ha tenido uno o varios golpes de suerte.

Por mi parte, declaro aquí, por lo que pueda servir, que no sólo carezco de intuición, sino que ni siquiera sé lo que es. También es cierto que algunas cosas, que la competencia sabe dolo-

rosamente bien, no suelo airearlas en público. No puedo decir, por ejemplo, que me decidí por Francis Kuroki porque, después de haber pasado por manos más bregadas, deseadas y adquisitivas que las mías, por no decir «intuitivas», cayó en mi mesa como un despojo; y me pareció barato. Lo mismo podría decir de Flórián Sidály, aunque en este caso el despojo aterrizó envuelto en tres minúsculas líneas, si bien llenas de elogios, que su heredera, la pertinaz y ahora rica Marina, había conseguido excavar en unos diarios íntimos de Ferenc Jámbor, un autor que leía mi madre; es decir, que, aparte de lo barato, en esta ocasión tampoco me guió la intuición, sino un sentimentalismo añejo y bastante particular. Pensé que, si Jámbor le gustaba a mi madre en los sesenta, bien podría gustarles Sidály a las madres de ahora. Y hasta en eso me equivoqué, porque a quienes realmente les ha gustado ha sido a las solteras.

Un apunte sobre lo barato, que he dicho ya dos veces: forma parte del pensamiento. Pero quizá convenga que me explique mejor.

Cuando digo «pensamiento» lo que quiero decir es que oigo voces dentro de mí y que no estoy loca. Voces que me aconsejan, que me disuaden, que me discuten, que me ordenan, que me callan, que simplemente comentan o que a veces —ésta son peliagudas— dicen cosas sin sentido, o sin sentido aparente, al menos. Tengo la sensación de estar no sólo habitada, sino bulliciosamente —a veces belicosamente— manejada, por otros. Lo que me aparta de la locura es que tengo cierta conciencia de a quién pertenece cada voz, de dónde procede, y desde dónde habla: en general puedo identificarlas bastante bien, reconozco si es la de un familiar, un amigo, un profesor de la infancia, o un pesado que casualmente conocí en un avión. Sé también, más o menos, cuándo oí por primera vez decir a cada una lo que dice, o, si no lo dijo, quién habría dicho o habría podido decir lo que dice la voz en ese momento: en quién se inspira, vamos. Esta última modalidad —la de la voz especulativa— tiende a adquirir un can-

sino protagonismo, pero esto se debe únicamente a que las experiencias pasadas no se contentan con haber acontecido, y en algunos casos reacontecido, sino que se ilusionan con la idea de influir en lo que pueda acontecer, y por eso opinan, enérgica e interesadamente.

No sé si me explico. Una tiene experiencias, las pasa, y, desde el pasado, las experiencias vuelven. Acosan. Dicen cosas como: «No vayas a hacer lo mismo que la última vez», como si la última vez y esta vez se parecieran en algo.

Debo precisar que la conciencia que tengo de esas voces, tanto de las especulativas como de las otras, es en ocasiones vaga y confusa, seguramente porque mi memoria, que nunca fue gran cosa, es cada día más un desastre, y también porque —no querría dar la impresión de soslayar este curioso aspecto— el inconsciente, en efecto, existe, como existe el superyó. Por uno y otro motivo, la vaguedad o las tinieblas no facilitan precisamente la tarea de reconocer el origen, y en última instancia el porqué, de ciertas voces; pero he llegado a la conclusión de que eso no es tan importante. La identificación completa es, desde luego, el desiderátum, porque es lo que permite poner las cosas en su sitio y dirimir a qué clase de apremios o persuasiones se está enfrentando uno; es decir, si estamos obedeciendo a nuestro padre, a un personaje de novela o a un anuncio del *Publishers Weekly*. Pero tampoco somos el detective Kuroki, y no siempre podemos dar con el culpable en alguna escena espectacular: el claro indicio de que hay otra voz, otra persona ahí, expresándose sin tapujos, puede bastarnos. Lo cierto es que suele ser suficiente a efectos prácticos: dado que no siempre pero casi siempre las voces se comportan como un grupo de presión notablemente cargante, basta saber que son ellas quienes presionan para no caer en el error, que sin duda ellas persiguen, de creer que quienes lo hacemos somos lo que con cierta cautela podríamos llamar, en esa promiscuidad, nosotros mismos. A partir de ahí, según su talento y circunstancias, cada cual puede decidir si dialoga, pacta,

sucumbe o hace caso omiso. Lo importante es darse cuenta de que, incluso cuando más se cree una que está sola, está acompañada, y no necesariamente bien acompañada.

En eso, en fin, consiste el pensamiento.

Cuento todo esto por dos razones: primera, porque siempre me ha preocupado volverme loca. Tengo antecedentes familiares, aunque por fortuna no excesivamente directos (un tío mío, hermano de mi padre, que murió en un parque en Valencia); y hace diez años, por un accidente —tiendo a creer que fue eso—, puedo decir que pisé personalmente sus umbrales. Así que tengo mis motivos para interesarme por las voces y hacer un seguimiento esmerado de ellas. La segunda razón es de muy distinta índole, tal vez algo más abstracta, aunque enteramente subordinada a un propósito y a una práctica concretos.

Merece la pena que me extienda un poco sobre ella. Tiene que ver con la forma que en principio había querido dar a esta pequeña exposición de lo sucedido en el curso de una mañana en particular. Se me ocurrió que el recurso que debía adoptar es el que, cuando un texto está escrito en tercera persona, suele llamarse presente histórico, y que, cuando está escrito en primera, no sé cómo se llama, pero se caracteriza por dar la impresión de que uno cuenta los acontecimientos al mismo tiempo que ocurren, como si dispusiera de algún mecanismo registrador —una cámara, una grabadora, hasta una rudimentaria libreta y una mano rápida— que le permitiera ir apuntando lo que pasa a medida que pasa. Como había empezado a escribir de este modo, tengo a mano un ejemplo de cómo habría podido ser una relación de acontecimientos de semejantes características. Veamos:

Suena el despertador y lo apago enseguida. Me resisto a abrir los ojos pero finalmente los abro. Pongo en práctica el primer compromiso del día: combato equitativamente la pereza y el sueño remoloneando unos minutos en la cama con los ojos abiertos. Luego hago lo primero que hacen todas las personas

cortas de vista: busco las gafas en la mesilla de noche (bueno, no todas las personas cortas de vista tienen mesilla de noche; dramáticamente, algunas ni siquiera tienen gafas). Me las pongo. En mi siguiente acto me incorporo (ahora ya sin excepciones) al universo. Voy a hacer pipí. La tapa del váter está levantada. La bajo. A punto estoy de sentarme sobre ella, pero felizmente recapacito. Primer despiste del día. No siempre recapacito pero esta vez triunfo. Levanto la tapa de nuevo y me siento.

Bien, creo que como ilustración es suficiente. Llevaba ya, de hecho, varios folios escritos según este principio que me parecía tan conveniente cuando poco a poco fue dejando de parecerme lo. El problema, descubrí, radicaba en que, si uno no dispone físicamente de un mecanismo registrador, tiene que confiarse a la memoria y sentarse a escribir *después* de que las cosas hayan ocurrido, como hago yo ahora. La intervención de la memoria, con sus imperiosas aunque revocables disposiciones, es importante en la tarea de reconstrucción, pero también lo son —y mucho— las nuevas cosas que están ocurriendo cuando se está escribiendo y que muy probablemente no ocurrían cuando las cosas de las que se escribe estaban sucediendo. Me explico: no es dudoso que lo primero que hiciera yo esa mañana fuera tantear las gafas en la mesilla de noche y ponérmelas; es muy dudoso, en cambio, que mientras lo hacía pensara que no todas las personas cortas de vista tienen mesilla de noche o gafas. No: eso lo pensaba mientras lo escribía, no mientras ocurría. Tampoco, seguramente, cuando ponía en práctica la táctica de remolonear un rato en la cama obligándome a no cerrar los ojos, pensaba que ése era «mi primer compromiso del día»: no digo que no sea así, no digo que no sea en efecto mi primer compromiso del día, ni que no tenga conciencia de que lo sea (de otro modo no lo habría escrito), pero esta conciencia no estaba activada —¿cómo iba a estarlo?— en esos neblinosos momentos. La activación es posterior, corresponde al estado de vigilia y concretamente a la espe-

cial vigilia en que transcurre, a menos que sea uno surrealista —y ni aun así—, el acto de contar o escribir. El tiempo en que ocurren las cosas y el tiempo en que se cuentan son necesariamente distintos; las voces que se oyen, los pensamientos que se tienen, también lo son. Generalmente en el segundo tiempo se oyen más voces y ocurren más cosas.

No resultará ahora, pues, difícil percibir que en el ejemplo que he puesto los dos tiempos se mezclan y que esta mezcla, a pesar de los gráficos paréntesis, puede llegar a ser engañosa. Crea, desde luego, un personaje aparentemente atractivo, muy íntegro y mentalmente rápido, que une acontecimiento y conciencia con heroica desenvoltura, reñida con la prosaica división de hechos y pensamientos que caracteriza al común de los mortales. Por otra parte, plantea cierto dilema que quizá no sea irrelevante, pues ¿qué es lo que hay que contar? ¿Lo que uno sabe cuando algo está ocurriendo o lo que sabe cuando lo está contando? Yo creo que lo último. Y, si uno oye voces, más. Claro que siempre se puede intentar, haciendo esfuerzos, eliminar todo lo que no ocurría, todas las voces que no se oían, cuando aquello que se quiere contar estaba ocurriendo. Pero eso exigiría unas dotes de discernimiento, y por supuesto de honradez, que mi escepticismo no abarca; y además una desactivación de la conciencia, justo en el momento en que más operativa está, que casi me parece ruin. No es que quiera dar a entender que la conciencia es mi amiga, algo que no se pueda traicionar; pero está aquí ahora, despierta, igual que por la mañana estaba adormilada, agradeciendo los actos reflejos, refunfuñando aún por los voluntarios, y ya definitivamente contrariada por tener que dedicarse a señalar obviedades tan imperdonables como que hay que levantar —¡no bajar!— la tapa del váter para hacer pipí. Está aquí conmigo, ahora, mientras escribo, añadiendo, recomponiendo, parlotearando, y es *ahora* cuando escribo.

Con esto termino con lo del pensamiento. Pasemos a los golpes de suerte.

Así puedo entrar ya en materia porque realmente sobre quien versa todo esto es sobre Benjamín, que es como se llama mi último golpe de suerte. Antes he puesto como ejemplo de este fenómeno bastante grato y con el que, advierto, como él diría, no conviene morbosear, el éxito de dos series de novelas, las del detective Kuroki y las del centroeuropeo Sidály, que llegaron a mí después de ser rechazadas por casi todos los editores importantes e incluso por algunos sin importancia; y también he dicho que lo que otros llaman tener intuición, u «ojo», como dice Markus, yo lo llamo tener suerte. Por eso cuando cayó sobre mí ese golpe aún más inesperado, y yo no diría que buscado, lo acogí con cierta prevención. Por un momento a punto estuve de no reconocerlo. Una de las causas de esta momentánea ceguera fue el hecho evidente de que Benjamín no había podido pasar por muchas manos antes de llegar a las mías porque materialmente no había tenido tiempo para hacerlo; y, si había sido rechazado, estaba en una edad en que los descalabros se compensan con la vocación e incluso, aunque no sea su caso, con la falta de ella: en eso que podemos llamar «la vida», quitándole la máscara trágica, forman parte aún de las escenas iniciales. Benjamín tenía veintiséis años cuando lo conocí y yo me acercaba –sigo acercándome– peligrosamente a los cincuenta. Oigo, efectivamente, la voz de todo el mundo y, sí, despachémoslo ya, podría ser su madre.

Ni él ni yo estamos de acuerdo con todo el mundo ni desde luego compartimos la idea de que una diferencia de veintipocos años entre una mujer y un hombre sólo pueda explicarse a través del arcaico y deleznable mito de la maternidad. Admito, sin embargo, que los dos oímos la voz de todo el mundo antes de que todo el mundo, en efecto, empezara a vociferar. Cuando nuestro asunto era aún secreto, solíamos divertirnos anticipándonos al escándalo, o quizá –por mi parte no lo dudo– preparándonos para él. Hacíamos nuestras cábalas acerca de cómo nos sentaría vernos señalados, él sobre todo como «el hijo que nunca tuve» y yo, según los casos, como «la madre suplente» o como un deli-

rante y penoso emblema de la frustración, «la madre que nunca fue» (soy tan recatada, al parecer, que ni las voces peor intencionadas, muy capaces de considerar la posibilidad del «joven mantenido», imaginaban siquiera la de «la vieja verde»). Al dar el paso de la vida secreta a la vida pública y anunciar incluso que teníamos intención de casarnos —ambas cosas mucho antes de lo que yo, no él, hubiera deseado—, nuestros oídos, que inútilmente habíamos querido inmunizar, se vieron martirizados por una prolija polifonía de psicólogos aficionados, especialistas en sexualidad, vigilantes del orden económico-social y —ésos fueron los peores— amigos leales. Como en toda inquisición que se precie, las preguntas con que nos acosaron no eran preguntas sino respuestas retóricas, pero el hecho de que por lo general nadie tuviera intención de contentarse con las respuestas no deseadas simplificó gratamente la tarea de dárselas. De este modo todo el mundo se quedó como estaba, como suele ser su aspiración: es decir, sin saber nada; y nosotros, un poquito más hastiados, y algo admirados de que nadie hubiera dado con algún expediente sorpresa que desbaratara los cimientos del caso, el cual siguió siendo confuso a pesar de todas las perspicacias volcadas. Sé que algunos confían en que el tiempo, ese implacable documentador, acabe dándoles la razón.

Todo esto era más o menos previsible y, tal como lo preveíamos, más o menos sucedió. Había, sin embargo, otra especie de mito sobre el que a mí me costaba —sigue costándome— hacer previsiones. No dejaba de preocuparme la cuestión del manoseo, o de la experiencia, por decirlo de un modo amplio. Desde que estuve a punto de volverme loca, hará cosa de diez años, la experiencia perfila mis temores y condiciona mis decisiones. Sé que, aunque sacude, la experiencia no prepara para nada ni, por supuesto, enseña nada, pero es una fuerza soberbia que tiende a pensar que sí. Sin embargo, eso lo sé yo ahora, y no cuando tenía veintiséis años. Temía por lo tanto que un muchacho tan poco manoseado, al que no se podía pedir que gozara de una concien-

cia adelantada, pudiera lamentar un día haber desechado oportunidades para un manoseo más variado. A Benjamín no le gusta nada que diga «manoseado» y prefiere pensar que, si a su edad él no «ha corrido mundo» tanto como otros, pues otros hay que necesitan que alguien los pare, será por alguna razón, tal vez por alguna «tendencia» –esa palabra sí le gusta– de su propia «naturaleza» –otra que casi le gusta más–. Además, con cierta indignación, ¿por qué soy partidaria de esa idea tan conservadora de que la pareja es el non plus ultra de la madurez? ¿Creo acaso que más allá de ella no hay nada? Yo insisto en que la tentación, o simple compulsión, de hacer cosas puede ser irresistible, y si no que se fije en lo mucho que venden los libros de crecimiento personal; y él me contesta que la gente que lee ese tipo de libros los lee precisamente para no tener que hacer nada. Eso no invalida mi argumento: tan sólo ratifica que hay tentaciones con las que traficar. Pero entonces él me pregunta, con una malicia que me desarma, si acaso no creo tener derecho a secundar la voluntad de «un pobre chico con flequillo», convencido de que no se equivoca y de que jamás sentirá el deseo de equivocarse. Con eso me halaga, desde luego, me catapulta a la grandiosa dimensión de los aciertos. Pero ¿qué tal un halago que produzca un poquito menos de vértigo?

En fin, por más que lo intento, no consigo quitarle de la cabeza que soy un acierto y, si lo acuso de cargarme de responsabilidad, me señala directamente a Markus, como si dos no pudieran equivocarse lo mismo que uno. Con Markus precisamente, paladín de la causa del acierto, empezó la mañana: me llamó al móvil y tuve una nueva ocasión de comprobar hasta qué punto debo sumar su voz a las ya muy abundantes que persisten en vincular los golpes de suerte a la misteriosa potencia «femenina» de la intuición o el «ojo». Esa mañana se trataba de decidir la portada de un disco, pero siempre se trata de Benjamín; y Markus está convencido de que, si sigue pegándose a él, el toque de Midas convertirá en oro todo cuanto haga y yo bendiga.

—No le he dicho a Benjamín que iba a venir. Ni siquiera sabe que me he pasado por el estudio a buscar las pruebas de fotomecánica. Me las han dejado a regañadientes y tengo que devolverlas esta misma mañana. —Silencio—. Pero tú tienes que verlas. No es lo mismo que en pantalla.

Eran las diez y algo, yo acababa de salir de la ducha e iba en albornoz; entre su llamada y el aviso del portero —suele avisarme, con iniciativa fiscal— de que «uno de esos jóvenes» acababa de entrar en el ascensor no debieron de pasar veinte minutos, en los que apenas encontré el modo de ponerme algo presentable. A estas horas aún no me desenvuelvo bien ni con la impaciencia ni con la familiaridad. Ahora iba a tener que vérmelas, además, con lo clandestino: Markus sabía que Benjamín está en Málaga, en uno de esos trabajos relámpago en los que es especialista (y gracias a los que, por cierto, lo conocí), esta vez en una muestra de cine oriental, y en su llamada ya había anunciado que venía en secreto. Y excitado.

—Será sólo un minuto.

Me había puesto una falda y una blusa *minimal*, en dos tonos de gris, una elección que había dejado sólo medio resuelta por la noche, ante la perspectiva de mi cita con las Ringuelet a media mañana. Pero también tenía que considerar mi cita para comer, algo más delicada, porque con la madre de Benjamín nunca sé qué quiero que piense de mí, pero me parece que no lo mismo que piensan las Ringuelet. Por otro lado, ante los amigos de Benjamín, y el resto de Las Preocupaciones muy en particular, siempre procuro dar la impresión de ser deseable, dado que lo que tengo con ellos, o me convendría tener, es una relación de tipo erótico, como una princesa árabe —de mediana edad— que se hubiera colado en el recinto de sus músicos; y todo para que no crean que Benjamín es el único raro. Mucho me temo que no lo consigo, o sólo parcialmente —podría decir que me miran y se preguntan, y desde luego ninguno de ellos me ha llamado «abuela» a la cara—, pero lo que está claro es que con el *minimal* gris no

iría, entre esas juventudes musicales, a ningún sitio. Así que Markus me ha encontrado vestida de editora asexual, a toda prisa y sin recargar. He tenido varias razones para considerar su visita muy inoportuna.

Pero venía empujado por la ansiedad y las ganas de conspirar, dos fuerzas muy poderosas.

—Tienes que ver las pruebas. Impresas y en cliché parecen distintas. De veras, creo que es mejor la que nos gustaba a ti y a mí.

—Pero ¿eso no estaba ya decidido?

Duda, contrariedad y sobre todo zalamería. Oigo la voz: «Los juzgas como niños.»

—Sí, lo estaba. Lo está. Pero he conseguido que hagan también una prueba de la otra y creo que aún podemos cambiar de opinión.

—¿Y crees que a estas alturas ellos lo aceptarán? —Con «ellos» me refería no sólo a las demás Preocupaciones sino a la gente de la discográfica—. ¿Y todo para esta misma mañana? ¿Con Benjamín en Málaga?

—Él las ha visto mil veces en pantalla y ya dijo que no necesitaba ver pruebas. Podemos llamarlo. Si tú estás de acuerdo, no se opondrá.

Incrédula, pero resignada, vi cómo abría la carpeta sobre la mesa del comedor. Hay que admitir que las pruebas siempre tienen una dimensión de realidad imperceptible en la pantalla de un ordenador: esa expectación intensa, esas vacilaciones últimas, ese terror a equivocarse tenían justificación. Pensé en Benjamín —¿o pienso ahora?—, tan ajeno a ese terror que no está en su «naturaleza», ni en su flequillo, ni en sus hombros siempre al aire, y me hundí involuntariamente en una oleada de solidaridad con Markus. Supongo que entonces también pensé que era mejor no dejarme arrastrar por ella, y quizá que el temor a los hechos siempre puede ser delatado en su ridiculez por un golpe de suerte.

—Diles que bajen un poco el azul —dije, como si pudiera ser neutral. Y enseguida añadí—: Las dos están muy bonitas.

—Las dos, ¿verdad? —respondió él, con intención.

La imagen que finalmente, tras largas deliberaciones —por llamar estéticamente a una serie repetida, y por lo general nocturna, de entusiasmos, disputas, posposiciones y cerveza con marihuana—, se había elegido para la carátula del primer álbum de Las Preocupaciones era un primer plano, algo turbio y movido, capturado de un vídeo. En él se ven los pies de los cuatro miembros del grupo bajando unas escaleras, un par de ellos, los de Benjamín, descalzos. Es una forma literalmente invertida, y una metonimia algo perversa —los pies en lugar del rostro—, de individualizar a su vocalista, que tradicionalmente carga con la responsabilidad de ser la voz y la cara del grupo, aunque no sea, como es aquí el caso, su líder. El líder de Las Preocupaciones, su músico y cerebro, es Markus, el bajista, quien, pese a toda su inspiración y capacidad, es muy consciente de no tener una voz bonita, ni mucho menos indicada para la cantidad de agudos que se le ocurren. Sus rizos castaños, sus labios finos de lagartija y su aire general de universitario decente, incluso pedante, también le empujan a la sombra en la que nerviosamente se envuelven ciertos creadores que creen más en sus proyectos que en sí mismos. De hecho, podría decirse que Benjamín —desde sus falsetes escalofriantes hasta sus hermosos pies descalzos— es todo él creación suya, si no fuera porque un golpe de suerte se lo ofreció ya creado. El chico ya era así antes de que Markus tropezara con él. Pero un artista lo es tanto por lo que crea como por lo que encuentra, y Benjamín depara todas las satisfacciones de un *objet trouvé*. Markus fue feliz desde el momento en que pudo cubrir una necesidad sin admitir una frustración; seguía moviendo los hilos y ahora además tenía una marioneta ideal.

El plano de los pies —todos menos los de Benjamín calzados— es un elocuente comentario sobre la constitución del grupo y su particular cuestión del liderazgo. Se habían propuesto otras

imágenes que tendrían a omitir dicha cuestión: densas neblinas, vistas de planetas, un collage de ojos y tentáculos de calamar, cualquier «adentramiento telúrico» —es el título de uno de sus peores temas— que garantizara la ausencia de Benjamín y los músicos, y del mundo que realmente habitan. Una tarde, sin embargo, parece que desde detrás de la batería se oyó a Javi filosofar: «Pero ¿qué somos? ¿Un grupo o una idea?», y el propio Markus, que es muy clásico y a veces hasta clasicón, comprendió que semejantes propuestas «telúricas» constituían un sacrificio en nombre de un dios ajeno. Su dios verdadero era el dios del cuarteto tradicional de chicos y exigía el elemento humano; más exactamente, el elemento carismático. De este modo se llegó al pacto con los pies y todo el mundo lo firmó encantado.

Pero sucedió que había otra toma que a alguien se le ocurrió aislar. En ella estaba Benjamín en primer término, igualmente descalzo, pero sentado de lado en un escalón, la espalda contra la pared, mirando a la cámara, con el flequillo incólume, mientras por encima de él, a una arbitraria distancia unos de otros, las demás Preocupaciones bajaban las escaleras. Apenas se les distinguía: Javi y Edu tenían la cabeza gacha, Markus no era más que una ráfaga; Benjamín estaba quieto, bastante nítido, y, repito, miraba a la cámara. La toma recordaba un poco, en calidad MySpace, las coreografías casuales de los clásicos «fotógrafos de la calle», aunque evidentemente procedía de una sesión muy preparada; y aun así, del resultado de la sesión, parecía la foto descartada. Era muy bonita. Pero no creo que fuera esa belleza espontánea lo que despertó el adormilado clasicismo de Markus, que reaccionó de pronto como si le hubieran drogado y se hubieran aprovechado de él.

—¿No es ésta —repetía por la mañana— la auténtica imagen de un grupo y su solista?

—¿Por qué crees que la otra no es auténtica?

Seguramente nunca ha sido la autenticidad lo que está en juego. Lo que está en juego es «el solista».